

UNA PUERTA ABIERTA

En uno de los pasajes más conmovedores y solemnes de las Sagradas Escrituras, leemos lo siguiente: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo" (Apocalipsis 3:20).

En este texto se presentan dos hechos asombrosos, de profunda repercusión espiritual. El primero resulta inverosímil, casi imposible de aceptar. Nada menos que el Rey y Creador del universo aparece junto a la puerta del corazón humano, implorando que se le permita entrar. Llama, a la espera de que se le escuche y se le abra, para ofrendar sus bendiciones. La segunda e impresionante realidad espiritual aquí descrita es que inicialmente la puerta del alma está cerrada y resiste con alocada obstinación la presencia de Jesucristo.

En esa malentendida dignidad cuyo verdadero nombre es orgullo, los hombres y mujeres de todos los tiempos se empeñan en manejar, en controlar sus vidas, sin darle la oportunidad de intervenir a aquel que es el Autor de la vida. Se plantea así la absurda y dramática paradoja de que el auténtico dueño de casa está desplazado de la misma. Es tratado como un extraño peregrino. Debe esperar pacientemente a la intemperie hasta trasponer esa invisible pero férrea puerta, que las más de las veces permanece cerrada.

A la luz de estos hechos, un artista pintó el conocido cuadro de Jesús golpeando una puerta. Además de la ternura y paciencia infinitas que revela el rostro del Nazareno, al observar el lienzo llama la atención que la puerta dibujada no tiene picaporte donde el visitante pueda apoyar su mano. Por toda explicación, el artista comentó: "Así es la puerta del corazón humano; únicamente se abre por dentro".

Bajo el símbolo del esposo y la esposa, en el poético libro de El Cantar de los Cantares, se presenta la actitud de Cristo hacia la humanidad. Como si fuese un ignoto peregrino, Jesús llama en horas de la noche. ¿Cuál es la reacción de la esposa? De acuerdo al texto sagrado, ella dice: "Yo dormía, pero mi corazón velaba. Es la voz de mi amado que llama: Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, perfecta mía, porque mi cabeza está llena de rocío, mis cabellos de las gotas de la noche". Y agrega: "Mi amado metió su mano por la ventanilla, y mi corazón se conmovió dentro de mí. Yo me levanté para abrir a mi amado, y mis manos gotearon mirra, y mis dedos mirra, que corría sobre la

manecilla del cerrojo. Abrí yo a mi amado; pero mi amado se había ido, había ya pasado; y tras su hablar salió mi alma. Lo busqué, y no lo hallé; lo llamé, y no me respondió" (Cantares 5:2, 4-6).

¿Podría encontrarse un pasaje que con mayor acierto describa la relación que existe entre Jesús y muchísimas personas?

Jesucristo hace todo lo posible por salvarnos. Su abnegación y ternura no tienen límites. Amándonos hasta lo sumo, llama a todas horas. No se da tregua en busca de las almas... Y se le hace esperar. Su cabeza llena de rocío y las gotas que se deslizan sobre sus cabellos revelan la indiferencia con que se atiende su llamado. ¡Pensar que viene para entregar un raudal de bendiciones! La mirra que destila de sus manos es símbolo de su amor inagotable, expresado hasta lo sublime en la cruz del Calvario. Jesús quiere entrar en la cabaña de nuestra alma para darnos verdadera comida y bebida espiritual. En la mesa desierta de nuestro ser quiere colocar esos manjares verdaderos que son la fe, la esperanza, la paz, la alegría, y el don supremo de la vida eterna que le entrega a todo aquel que le abre el corazón.

Lo crucial, de lo que en última instancia depende por completo el éxito del misterioso plan de salvación, consiste en nuestra actitud, en la respuesta que nosotros le damos al llamado de Dios. El ha hecho todo lo necesario para que podamos ser salvos. No hay nada que nos impida alcanzar en esta tierra la paz del corazón, y a la postre llegar al reino de los cielos. El precio de nuestro rescate ya ha sido pagado. El camino redentor ya está trazado. En Jesús no sólo tenemos completo perdón de nuestros pecados, sino también el poder para no volver a pecar. Su victoria sobre Satanás, el pecado y la muerte ha sido absoluta. Vale la pena ser cristiano. Pero insistimos: lo decisivo, lo vital, lo que determina que el ser humano alcance o no la vida eterna, es la respuesta que dé al llamado divino.

En aquella noche de gloria, en ningún mesón de la aldea de Belén hubo lugar para que naciera Jesús. Ninguna puerta se abrió para amparar de la oscuridad de la noche a María, José y el Santo Niño. Como dice la Escritura: "A lo suyo vino, y los suyos no lo recibieron" (S. Juan 1:12).

El endurecimiento del corazón humano alcanza caracteres de tragedia cuando uno se empecina en desoír la voz de Dios. La noche del alma puede transformarse en una oscuridad absoluta y definitiva cuando impedimos que entre la luz de Cristo. La profundidad del pecado puede

alcanzar abismos insondables. Es el deliberado y persistente rechazo de la voz de Dios lo que convierte al ser humano en un esclavo de sí mismo, sujeto con cadenas que le resultan imposibles de romper. ¿Cómo se llega a esa condición? No es algo instantáneo. Constituye un proceso gradual y paulatino. La advertencia bíblica es muy clara. "No os engañéis; Dios no puede ser burlado; pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará" (Gálatas 7:6). Hay una relación directa entre lo que sembramos y la cosecha que se recoge.

La puerta a la que llama Jesús es más que un cuadro o una figura literaria que presenta la Escritura. Se relaciona con la realidad más impresionante y trascendente que se pueda considerar. Es la que tiene que ver con nuestra salvación o perdición eterna. Todos hemos sido dotados de la voluntad de escoger, del supremo don del libre albedrío. A nadie se le obliga a aceptar las

promesas y las bendiciones divinas. El Señor no impone su compañía a ningún ser humano. Deja librado a nuestro criterio y voluntad el escoger o no a Jesús. Cristo llama. ¿Cuál es nuestra respuesta? El solemne planteo de la Palabra de Dios es el siguiente: "A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia" (Deuteronomio 30:19).

Jesús, la luz del mundo, procura alcanzar a todos por igual. Pero así como el sol que derrite la cera endurece la arcilla, también el amor y la justicia que irradian de Jesús, por un lado conmueven y transforman los corazones dispuestos y, por el otro, vienen sellando la perdición de quienes le rechazan obstinadamente.

¿Cuál será nuestra respuesta? ¿De qué forma estamos reaccionando, día a día, ante las distintas manifestaciones del amor y el poder de Dios? ¿Cuál es nuestra actitud ante las verdades de su Palabra? ¿Las aceptamos, una a una, o valiéndonos de distintas excusas, en forma gradual pero definida, vamos cerrando nuestro camino hacia el cielo?

En uno de los evangelios encontramos estas solemnes palabras de Jesús: "Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu Santo no les será perdonada" (S. Mateo 12:31). ¿Por qué este pecado no tiene perdón? Sencillamente porque no se confiesa, no se reconoce, y como bien lo dice una autora inspirada, porque "el que rechaza la obra del Espíritu Santo se coloca donde el

arrepentimiento y la fe no pueden alcanzarle" (El Deseado de todas las gentes, pág. 268). Este rechazo del Espíritu de Dios es paulatino. Es la resistencia progresiva de la verdad la que culmina con una decisión irrevocable contra ella. Es eso lo que conduce al drama de una puerta cerrada para siempre.

Felizmente, el solo hecho de que sientas en lo íntimo el deseo de agradar a Dios y verte libre del pecado, constituye una poderosa evidencia de que el Espíritu de Dios está obrando dentro de ti. Y mientras esa voz divina resuena en tus oídos y le prestes atención, con gozo y gratitud podrás decir que estás en camino hacia la vida eterna.

Dios procura salvarnos. "El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 S. Pedro 3:9). El quiere que vivamos ahora y para siempre. La vida está en su Hijo Jesucristo, por eso es que le tenemos que dar una entrada generosa en nuestro corazón. "He aquí --dice el Señor, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo" (Apocalipsis 3:20). ¿Qué haremos?

Abrámosle la puerta a Jesús. Permitámosle en este mismo instante que entre en nuestra alma, que su presencia inunde nuestro hogar. Díganosle con el poeta:

Entra en la sencillez de mi morada
para encender la luz de un fuego nuevo:
déjala de fulgores traspasada
con el limpio claror de tu mirada.
Si tú quieres, Señor, entrar conmigo,
la mañana entrará por mi ventana;
no te pases de largo, dulce Amigo,
quiero morar contigo.
Entra, señor conmigo